

SU AMOR CONSIGUIÓ
CONQUISTAR EL CIELO...
¿PODRÁN DERROTAR
AL INFIERNO?

LA ESPERADA SEGUNDA PARTE DE LA TRILOGÍA HALO

HADES

ALEXANDRA ADORNETTO

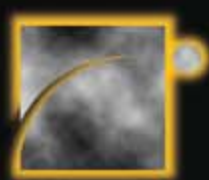


SU AMOR CONSEGUIÓ
CONQUISTAR EL CIELO...
¿PODRÁN DERROTAR
AL INFIERNO?

LA ESPERADA SEGUNDA PARTE DE LA TRILOGÍA HALO

HADES

ALEXANDRA ADORNETTO



Hades

Alexandra Adornetto

primera versión
sin corregir

Rocaeditorial

I

Los chicos están bien

En cuanto sonó el timbre de Bryce Hamilton, Xavier y yo recogimos todas nuestras cosas y nos dirigimos hacia el patio que daba al lado sur. La predicción del tiempo había anunciado una tarde despejada, pero el sol tenía que librar una ardua batalla para dejarse ver y el cielo desplegaba un gris aplomado y triste. Solo de vez en cuando unos difuminados rayos conseguían perforar las nubes y cruzaban el paisaje. Sentir su calor en la nuca me alegraba.

2 —¿Vendrás a cenar esta noche? —le pregunté a Xavier, entrelazando mi brazo con el suyo—. Gabriel quiere probar a preparar unos burritos.

Xavier me miró y se rio.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Estaba pensando que en las pinturas clásicas se muestra a los ángeles como guardianes de algún trono en el Cielo, o expulsando a los demonios... Me pregunto por qué nunca se los muestra en la cocina preparando burritos.

—Porque tenemos que cuidar nuestra reputación —repuse, dándole un suave empujón con el codo—. Bueno, ¿vendrás?

Xavier suspiró.

—No puedo. Le prometí a mi hermana pequeña que me quedaría en casa y la ayudaría a vaciar calabazas.

—Vaya. Todo el rato me olvido de que es Halloween.

—Deberías intentar meterte en el ambiente —me aconsejó Xavier—. Aquí todo el mundo se lo toma muy en serio.

No exageraba: los porches de todas las casas de la ciudad estaban adornados con linternas de calabaza con forma de calavera y lápidas de yeso para la ocasión.

—Ya lo sé —asentí—. Pero solo de pensarlo se me ponen los

pelos de punta. ¿Qué gracia puede tener disfrazarse de fantasma o de zombi? Es como si la peor de las pesadillas cobrara vida.

—Beth —Xavier se detuvo un instante y me sujetó por los hombros—, ¡es fiesta, ánimo!

Sabía que tenía razón: debía dejar de recelar tanto. Ya habían pasado seis meses desde la terrible experiencia con Jake Thorn, y las cosas no podían ir mejor. La paz se había instalado de nuevo en Venus Cove y yo me sentía más unida que nunca a ese lugar. La soñolienta y pequeña ciudad de Sherbrooke County, arrebujada en la pintoresca costa de Georgia, se había convertido en mi hogar. La calle mayor, con sus bonitas terrazas y cuidadas fachadas, tenía el encanto de una postal antigua, y todo el resto, desde el cine al viejo tribunal, desplegaba el encanto y la amabilidad de una época olvidada.

La presencia de mi familia durante el último año había ejercido una amplia influencia y Venus Cove se había convertido en una ciudad modélica: los feligreses de la iglesia se habían triplicado, las iniciativas de caridad habían recibido más voluntarios que los que nunca hubieran imaginado y las noticias sobre incidentes delictivos eran tan escasas y dispersas que el sheriff se había tenido que buscar otras actividades para ocupar el tiempo. Ahora solamente se daban pequeños conflictos, como alguna discusión entre conductores por un aparcamiento, pero eso formaba parte de la naturaleza humana: no era posible cambiarlo y nuestro trabajo no consistía en hacerlo.

Pero lo mejor de todo era que Xavier y yo nos sentíamos más unidos que nunca. Lo miré: seguía siendo tan guapo que quitaba el aliento. Llevaba la corbata aflojada y la chaqueta le colgaba del hombro. Sentía la firmeza de su cuerpo contra el mío mientras caminábamos el uno al lado del otro, al mismo paso. A veces me resultaba sencillo pensar en ambos como si fuéramos un único ser.

Desde el violento encuentro con Jake del año anterior, Xavier había decidido esforzarse más en el gimnasio y practicar deporte con mayor vigor. Yo sabía que lo hacía para estar mejor preparado en caso de que tuviera que protegerme, pero no por ello el resultado me resultaba menos atractivo: ahora tenía el pecho más desarrollado y sus abdominales parecían una tableta de chocolate. Además, sin dejar de ser delgado y bien proporcionado, los mús-

culos de los brazos se le marcaban por debajo de la camiseta. Observé sus elegantes facciones: la nariz recta, el cabello castaño con reflejos dorados, los ojos almendrados que eran como un líquido topacio azul. En el dedo anular de la mano derecha llevaba un anillo que yo le había regalado después de que me ayudara a recuperarme del ataque de Jake. Era un grueso aro de plata entallada con los tres símbolos de la fe: la estrella de cinco puntas que simboliza la estrella de Belén, un trébol en honor de las tres personas de la Santa Trinidad y las iniciales IES, la abreviatura de Iesus, que era como se pronunciaba el nombre de Jesús en la Edad Media. Yo me había hecho uno idéntico, y me gustaba pensar que era nuestra propia y especial versión de un anillo de compromiso. Cualquier persona que hubiera sido testigo de todo lo que había visto Xavier habría perdido toda fe en Nuestro Padre, pero él tenía fortaleza de mente y de espíritu. Xavier se había comprometido con nosotros y yo sabía que nada podría convencerlo de romper ese compromiso.

4 Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando nos encontramos con un grupo de compañeros de waterpolo de Xavier en el aparcamiento. Yo sabía los nombres de algunos de ellos y pude oír las últimas frases de la conversación que mantenían.

—No me puedo creer que Wilson se haya enrollado con Kay Bentley —se burlaba un chico que se llamaba Lawson. Todavía se le veían los ojos vidriosos a causa de las desventuras del fin de semana. Sabía por experiencia que era muy probable que en ello se hubieran visto implicados un barril de cerveza y un deliberado daño contra la propiedad ajena

—Está acabado —repuso alguien—. Todo el mundo sabe que ella tiene más kilómetros que el viejo Chrysler de mi padre.

—A mí me da igual mientras no se metieran en mi cama. Tendría que quemarlo todo.

—No te preocupes, tío, lo más seguro es que estuvieran en el patio trasero.

—Iba tan pasado que no me acuerdo de nada —declaró Lawson.

—Yo recuerdo que intentaste enrollarte conmigo —replicó un chico llamado Wesley que pronunciaba las frases con marcada cadencia. Sonrió con una mueca que le desfiguró toda la cara.

—Bueno... estaba oscuro. Te habría podido ir peor.

—Qué gracioso —gruñó Wesley—. Alguien ha colgado la foto en Facebook. ¿Qué le voy a decir a Jess?

—Dile que no te pudiste resistir al musculoso cuerpo de Lawson. —Xavier le dio unos toquécitos en el hombro con un dedo y pasó por su lado con actitud despreocupada—. La verdad es que tantas horas con la PlayStation lo han puesto cachas.

Me reí y Xavier abrió la puerta de su descapotable azul Chevy Bel Air. Entré, me desperecé e inhalé el familiar olor de la piel de los asientos. Ahora el coche ya me gustaba tanto como a Xavier: nos había acompañado desde el principio de todo, desde nuestra primera cita en el café Sweethearts hasta el enfrentamiento con Jake Thorn en el cementerio. A pesar de que sería incapaz de admitirlo, la verdad era que ya pensaba en ese Chevy como si tuviera personalidad propia. Xavier giró la llave del contacto y el coche se puso en marcha. Parecían sincronizados: era como si él y el coche estuvieran totalmente compenetrados.

—Bueno, ¿ya has decidido el disfraz?

—¿Qué disfraz? —pregunté sin comprender.

Xavier meneó la cabeza.

—El de Halloween. ¡No te duermas!

—Todavía no —admití—. Estoy en ello. ¿Y tú?

—¿Qué te parece el de Batman? —preguntó guiñándome un ojo—. Siempre he querido ser un superhéroe.

—Lo que quieres es conducir el Batmóvil.

Xavier sonrió con expresión de culpabilidad.

—¡Me has pillado! Me conoces demasiado.

Cuando llegamos al número 15 de Byron Street, Xavier se inclinó hacia mí y me dio un suave y dulce beso en los labios que me hizo derretir y que consiguió que el mundo exterior se desvaneciera. Lo acaricié, disfrutando de la suavidad de su piel bajo mis dedos, y me dejé envolver por su olor, fresco y limpio como la brisa del océano y mezclado con un toque más penetrante, como una mezcla de vainilla y de sándalo. Guardaba una de sus camisetas impregnada de su colonia debajo de mi almohada, y cada noche imaginaba que se encontraba a mi lado. Es curioso que el comportamiento más bobo pueda resultar completamente normal cuando se está enamorado. Sabía que algunas personas nos veían un tanto ridículos a Xavier y a mí, pero nosotros estábamos demasiado absorbidos el uno con el otro para darnos cuenta.

Cuando Xavier detuvo el coche al final de la curva regresé de golpe a la realidad, como si me despertara de un profundo sueño.

—Vendré a buscarte mañana por la mañana —dijo dirigiéndome una sonrisa de ensueño—. A la hora de siempre.

Me quedé de pie en nuestro desordenado patio hasta que el Chevy finalmente giró al final de la calle.

Byron continuaba siendo mi refugio y me encantaba retirarme en él. Allí todo me resultaba tranquilizador y familiar: desde el crujido de los escalones del porche delantero hasta las aireadas y amplias habitaciones de dentro. Era como recogerse en un protector capullo alejado de todas las turbulencias del mundo. Era verdad que, a pesar de que me encantaba la vida de los humanos, a veces también me asustaba. La Tierra tenía problemas: problemas que eran demasiado grandes y complejos para comprenderlos de verdad. Cada vez que pensaba en ello la cabeza me daba vueltas. También me sentía inútil. Pero Ivy y Gabriel me decían que dejara de malgastar mis energías y que me concentrara en nuestra misión. Habíamos planeado visitar otras ciudades y pueblos de los alrededores de Venus Cove para echar a todas las fuerzas oscuras que pudieran encontrarse allí. Poco podíamos imaginar que ellas nos encontrarían a nosotros antes de que pudiéramos ir a buscarlas.

Cuando llegué a casa la cena ya estaba en marcha. Mis hermanos estaban fuera, en la terraza, cada uno dedicado en una actividad solitaria: Ivy tenía la nariz metida en un libro y Gabriel estaba profundamente concentrado en componer con su guitarra. Sus dedos expertos tocaban las cuerdas con suavidad, obedeciendo sus silenciosas órdenes. Fui hasta ellos y me arrodillé al lado de mi perro, *Phantom*, que dormía profundamente con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras. Al sentir el contacto de mi mano sobre su pelaje plateado y lustroso, se despertó y me miró con unos ojos tristes y brillantes como la luna, como diciéndome: «¿Dónde has estado todo el día?».

Ivy estaba medio recostada en la hamaca. La melena dorada le caía hasta la cintura y le brillaba a la luz del sol de poniente. Mi hermana no sabía bien cómo relajarse en una hamaca: se la veía demasiado bien puesta. Parecía una criatura mítica que se hubiera encontrado plantada sin ningún miramiento en un mundo que para ella no tenía ningún sentido. Llevaba puesto un vestido de

muselina de color azul pastel y, para protegerse del sol, había colocado un parasol con volantes que, sin duda, debía de haber encontrado en alguna tienda de antigüedades y ante el cual no se había podido resistir.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunté riéndome—. Creo que hace mucho tiempo que están pasados de moda.

—Bueno, a mí me parece encantador —repuso Ivy mientras dejaba a un lado la novela que estaba leyendo. Eché un vistazo a la portada.

—¿*Jane Eyre*? —pregunté sin poder creerlo—. Ya sabes que es una historia de amor, ¿no?

—Lo sé —contestó Ivy con malhumor.

—¡Te estás pareciendo a mí! —bromeé.

—Dudo mucho que nunca pueda ser tan pánfila y tan boba como tú —contestó con el tono de quien constata un hecho, aunque su mirada era juguetona.

Gabriel dejó de tocar la guitarra y alzó la vista hacia nosotras.

—No creo que nadie sea capaz de superar a Bethany en ese tema —dijo sonriendo.

Dejó con cuidado la guitarra en el suelo y fue a apoyarse en la barandilla para mirar el mar. Su postura era, como siempre, erguida y tiesa como una flecha y llevaba el cabello rubio recogido en una cola de caballo. Sus ojos grises como el acero y sus facciones bien dibujadas eran las propias de un guerrero celestial como él, aunque en ese momento iba vestido, como cualquier ser humano, con unos tejanos descoloridos y una camiseta ancha. La expresión de su rostro era abierta y amistosa. Me alegraba ver que Gabriel estaba más relajado últimamente. Me parecía que ahora mis hermanos eran menos críticos conmigo y que aceptaban mejor las decisiones que yo había tomado.

—¿Cómo es posible que siempre llegues a casa antes que yo? —me quejé—. ¡Yo voy en coche y tú vas a pie!

—Tengo mis trucos —contestó mi hermano con una sonrisa misteriosa—. Además, yo no tengo que pararme cada dos minutos para expresar mi afecto.

—¡Nosotros no paramos para expresar afecto! —protesté.

Gabriel arqueó una ceja.

—¿Entonces no era el coche de Xavier el que he visto parado a dos manzanas de la escuela?

—A lo mejor sí. —Levanté la cabeza con aire tranquilo, aunque odiaba que siempre tuviera razón—. ¡Pero cada dos minutos es un poco exagerado!

Ivy se puso a reír a carcajadas y su rostro en forma de corazón se iluminó.

—Oh, Bethany, relájate. Ya nos hemos acostumbrado a las DPA.

—¿Dónde has aprendido eso? —pregunté con curiosidad. Nunca había oído a mi hermana hablar de forma tan coloquial, usando las siglas que emplean los jóvenes para «Demostración Pública de Afecto». Su manera de hablar siempre sonaba fuera de lugar en el mundo real.

—Bueno, paso algún tiempo con la gente joven, ¿sabes? —repuso—. Intento ser moderna.

Gabriel y yo nos echamos a reír.

—En ese caso y para empezar, no digas «moderna» —le aconsejé.

Iví bajó la mano y me revolvió el pelo con afecto, cambiando de tema:

—Espero que no tengas ningún plan para este fin de semana.

8 —¿Puede venir Xavier? —pregunté sin darle la oportunidad a que explicará qué era lo que ella y Gabriel tenían en mente. Hacía tiempo ya que Xavier se había convertido en parte integrante de mi vida. Ni siquiera cuando estábamos separados parecía haber alguna actividad o distracción que impidiera que mis pensamientos giraran en torno a él.

Gabriel puso los ojos en blanco:

—Si es imprescindible...

—Por supuesto que es imprescindible —contesté, sonriendo—. Bueno, ¿cuál es el plan?

—Hay una pequeña ciudad llamada Black Ridge a 32 kilómetros de aquí —explicó mi hermano—. Me han dicho que están sufriendo algunos... incidentes.

—¿Te refieres a incidentes malignos?

—Bueno, este último mes han desaparecido tres chicas y un puente que se encontraba en perfecto estado se ha derrumbado encima del tráfico que circulaba por debajo de él.

Hice una mueca de dolor.

—Parece un problema para nosotros. ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

—El sábado —dijo Ivy—. Así que será mejor que descanses.

SU AMOR CONSIGUIÓ
CONQUISTAR EL CIELO...
¿PODRÁN DERROTAR
AL INFIERNO?

LA ESPERADA SEGUNDA PARTE DE LA TRILOGÍA HALO

HADES

ALEXANDRA ADORNETTO



Hades

Alexandra Adornetto

primera versión
sin corregir

Rocaeditorial

II

Codependencia

Al día siguiente Molly y yo nos encontrábamos con las demás chicas en el patio que daba al oeste, que se había convertido en nuestro sitio favorito. Molly había cambiado desde que había perdido a su mejor amiga el año anterior. La muerte de Taylah a manos de Jake Thorn había significado una de atención para mi familia. No habíamos previsto el alcance de los poderes de Jake hasta el día en que este acuchilló a Taylah en la garganta para hacernos llegar el mensaje.

A partir de ese momento Molly, llevada por su sentimiento de lealtad, se distanció de su viejo círculo de amistades, y yo la seguí. No me importaba cambiar. Sabía que el instituto Bryce Hamilton debía de traerle muchos recuerdos dolorosos y yo quería ofrecerle mi apoyo de todas las maneras en que me fuera posible. Además, nuestro nuevo grupo era más o menos igual que el antiguo. Estaba formado por unas chicas con las cuales nos habíamos relacionado de vez en cuando pero con quienes nunca habíamos intimado mucho, pero como conocían a las mismas personas y cotilleaban sobre las mismas cosas, integrarse en su grupo fue pan comido. 9

En el antiguo grupo de Taylah había mucha crispación y yo sabía que Molly no se relajaba con ellas. De vez en cuando, y sin que viniera a cuento, las conversaciones se interrumpían de forma incómoda, se producían ese tipo de silencios en los que todo el mundo pensaba lo mismo: «¿Qué diría Tylah en estos momentos?». Pero nadie osaba decirlo en voz alta. Yo tenía la sensación de que las cosas nunca volverían a ser iguales para esas chicas. Habían intentado que todo volviera a ser normal, pero casi siempre parecía que lo intentaban con demasiada intensidad. Se reían demasiado fuerte, y sus chistes siempre parecían ensayados. Era

como si, dijeran lo que dijeren o hicieran lo que hiciesen, siempre hubiera algo que les recordara la ausencia de Taylah. Esta y Molly habían sido el alma del grupo, habían ejercido la autoridad en muchas cosas. Ahora que Taylah no estaba y que Molly se había apartado de ellas por completo, las chicas habían perdido a sus mentoras y se encontraban totalmente perdidas.

Era doloroso ver cómo se esforzaban por manejar la pena, una pena que no podían mostrar por miedo a desatar emociones que fueran demasiado difíciles de controlar. Yo deseaba fervientemente decirles que no debían contemplar la muerte como el final sino como un nuevo comienzo, y explicarles que Taylah, simplemente, había pasado a un nuevo plano de la existencia, un plano que no era esclavo del mundo físico. Deseaba decirles que Taylah todavía estaba allí, solo que ahora era libre. Pero, por supuesto, yo no podía comunicarles lo que sabía: no solo significaría infringir el código más sagrado y descubrir nuestra presencia en la Tierra, sino que además me echarían del grupo por lunática.

10 Nuestras nuevas amigas se habían reunido alrededor de unos cuantos bancos de madera tallada que se encontraban debajo de un arco de piedra que ya habían hecho suyo. Una de las cosas que no había cambiado era su carácter territorial: si cualquier extraño pasaba por nuestra zona por casualidad, no se quedaba mucho rato, las miradas fulminantes que recibía bastaban para alejarlo. Unas nubes oscuras y amenazadoras empezaban a cubrir el cielo, pero las chicas nunca iban dentro a no ser que no quedara otra alternativa. Así que se encontraban sentadas, como siempre, con el pelo perfectamente arreglado y las faldas subidas por encima de las rodillas para aprovechar los débiles rayos de sol que se filtraban entre las nubes y que moteaban el patio con su luz suave.

La fiesta de Halloween prevista para el viernes había servido para subir el ánimo de todo el mundo y suscitaba mucha excitación. Se iba a hacer en una casa abandonada que se encontraba a las afueras de la ciudad y que pertenecía a la familia de uno de los mayores, Austin Knox. Su bisabuelo, Thomas Knox, la había construido en 1868, unos cuantos años después de que terminara la Guerra de Secesión. Fue uno de los primeros fundadores de la ciudad y su casa, a pesar de que hacía años que la familia Knox no entraba en ella, estaba protegida por las leyes del patrimonio histórico y no se podía derruir, por lo que se encontraba vacía y des-

habitada. Era una ruina, un vieja casa de campo con unos enormes porches a cada lado y rodeada solamente de campos y una carretera desierta. La gente del lugar la llamaba la casa de Boo Radley, o el inquietante y huraño personaje de la película *Matar a un ruiseñor*; nadie entraba ni salía nunca de ella— y Austin afirmaba haber visto el fantasma de su bisabuelo detrás de una de las ventanas de arriba. Según Molly era perfecta para una fiesta: por allí nunca pasaba nadie excepto algún que otro camionero o alguien que saliera por error de la carretera. Además, quedaba muy apartada de la ciudad, así que nadie podría quejarse del ruido. Al principio se trataba de una pequeña reunión, pero por algún motivo la noticia había corrido y en esos momentos toda la escuela hablaba de ello. Incluso algunos de los estudiantes de segundo curso habían conseguido invitaciones.

Me encontraba sentada al lado de Molly, que llevaba sus rizos anaranjados recogidos sobre la cabeza en un moño flojo. Sin maquillaje, con esos ojos grandes y azules y con sus labios rojos y bien dibujados parecía una muñeca de porcelana. No se había podido contener y se había puesto un poco de brillo de labios, pero aparte de eso había renunciado a todo lo demás: seguía con su intento de ganarse la buena opinión de Gabriel. Yo creía que para entonces ya debería haber superado el inútil enamoramiento que tenía por mi hermano, pero la verdad era que sus sentimientos solo parecían haberse hecho más intensos.

Yo prefería a Molly sin maquillaje; me gustaba su aspecto cuando aparentaba la edad que tenía en lugar de parecer diez años mayor.

—Voy a disfrazarme de colegiala mala —anunció Abigail.

—O sea, ¿que te vas a disfrazar de ti misma? —dijo Molly con sorna.

—A ver cuál es tu idea genial, pues.

—Voy a ir de Campanilla.

—¿De qué?

—La pequeña hada de *Peter Pan*.

—No es justo —se quejó Madison—. ¡Hicimos el pacto de que todas iríamos de conejitas de *Playboy*!

—Las conejitas están pasadas —dijo Molly echándose el pelo hacia atrás con un movimiento de cabeza—. Por no decir que son horteras.

—Perdón —interrumpí—, pero ¿no se supone que los disfraces tienen que dar miedo?

—Oh, Bethie —exclamó Savannah con un suspiro—. ¿Es que no te hemos enseñado nada?

Sonreí con resignación.

—Refréscame la memoria.

—Básicamente, todo esto no es mas que una magnífica... —empezó Hally.

—Digamos que es una oportunidad para alternar con el sexo opuesto —intervino Molly fulminando a Hally con la mirada—. El disfraz tiene que dar miedo y ser sexy a la vez.

—¿Sabíais que, antes, Halloween trataba del Samhain? —dije—. La gente le tenía miedo de verdad.

—¿Quién es Sam Hen? —Hallie parecía desconcertada.

—No es «quién» sino «qué» —repuse—. En cada cultura es distinto. Pero, en esencia, la gente cree que es la noche del año en que el mundo de los muertos se encuentra con el de los vivos; es cuando los muertos pueden caminar entre nosotros y poseer nuestros cuerpos. La gente se disfrazaba para engañarlos y mantenerlos alejados.

Todas me miraron con un nuevo respeto.

—Oh, Dios mío, Bethie —exclamó Savannah estremeciéndose—. Qué manera de meternos miedo.

—¿Recordáis cuando hicimos esa sesión de espiritismo en el séptimo curso? —preguntó Abigail.

Todas asintieron con entusiasmo.

—¿Que hicisteis qué? —farfullé, incapaz de disimular mi asombro.

—Una sesión de espiritismo es...

—Ya sé lo que es —repuse—. Pero no deberíais jugar con esas cosas.

—¡Ya te lo dije, Abby! —exclamó Hallie—. Ya te dije que era peligroso. ¿Recuerdas que la puerta se cerró de golpe?

—Sí, fue tu madre quien la cerró —replicó Madison.

—No pudo ser ella. Estuvo todo el rato en la cama durmiendo.

—Da igual. Creo que deberíamos intentarlo otra vez el viernes. —Abigail frunció el ceño con expresión traviesa—. ¿Qué decís, chicas?

—Yo no —contesté, decidida—. No voy a meterme en esto.

Las demás se miraron y me di cuenta de que mi negativa no las había convencido.

—Son muy infantiles —le dije a Xavier en tono de queja mientras nos dirigíamos juntos a la clase de francés. A nuestro alrededor los portazos, las llamadas de megafonía y las conversaciones se sucedían, pero Xavier y yo habitábamos nuestro propio mundo—. Quieren hacer una sesión de espiritismo y disfrazarse de conejitas.

—¿Qué tipo de conejitas? —preguntó con expresión suspicaz.

—Creo que dijeron de *Playboy*. Sea lo que sea.

—Creo que es posible —asintió Xavier riéndose—. Pero no dejes que te arrastren a hacer nada que te resulte incómodo.

—Son mis amigas.

—¿Y qué? —Se encogió de hombros—. Si tus amigas se tiraran de un acantilado, ¿tú también lo harías?

—¿Por qué tendrían que tirarse de un acantilado? —pregunté, alarmada—. ¿Es que alguna de ellas tiene problemas en casa?

Xavier se rio.

—Es solo una manera de hablar.

—Pues es absurda —repuse—. ¿Crees que debería disfrazarme de ángel? ¿Como en la versión cinematográfica de *Romeo y Julieta*?

—Bueno, no dejaría de tener cierta ironía —dijo Xavier, sonriendo—. Un ángel que se hace pasar por un humano que se hace pasar por un ángel. Me gusta.

Cuando entramos en clase y nos sentamos el señor Collins nos miró mal. Me pareció que no le gustaba tanta cercanía entre Xavier y yo, y no pude evitar preguntarme si sus tres matrimonios fracasados no lo habrían dejado un poco harto del amor.

—Espero que vosotros dos podáis bajar de vuestra burbuja de amor y quedaros con nosotros el tiempo suficiente para aprender algo durante el día de hoy —comentó, cortante.

Los compañeros de clase rieron por lo bajo. Me sentí incómoda y bajé la cabeza para evitar sus miradas.

—Todo en orden, señor —contestó Xavier—. La burbuja está diseñada para permitirnos aprender desde dentro de ella.

—Es usted muy ingenioso, Woods —repuso el señor Co-

llins—. Pero una clase no es sitio para romances. Cuando acaben con el corazón roto, sus notas se resentirán. *L'amour est comme un sablier, avec le coeur remplir le vide du cerveau.*

Conocía esa cita, de un escritor francés llamado Jules Renard. Traducida decía: «El amor es como un reloj de arena, en que el corazón se llena y el cerebro se vacía». Me desagradó su aire engréido y seguro, dando por hecho que nuestra relación estaba condenada al fracaso. Quise protestar, pero Xavier se dio cuenta y me tomó la mano por debajo de la mesa, se inclinó un poco hacia mí y me murmuró al oído:

—Seguramente no es muy buena idea ponerse chula con uno de los profesores que puntuarán los exámenes finales.

Miró al profesor y, con el tono responsable propio de un delegado, dijo:

—Comprendido, señor, gracias por su interés.

El señor Collins pareció satisfecho y volvió a concentrarse en escribir los subjuntivos en la pizarra. No pude resistirme y le saqué la lengua a sus espaldas.

Al terminar Hallie y Savannah, que también estaban en nuestra clase de francés, se acercaron hasta mí en las taquillas y me cogieron de ambos brazos con gesto amistoso.

—¿Qué tienes ahora? —preguntó Hallie.

—Mates —contesté con suspicacia—. ¿Por qué?

—Perfecto —repuso Savannah—. Ven con nosotras.

—¿Sucede algo?

—Solo queremos hablar contigo. Ya sabes, una charla entre amigas.

—Vale —asentí despacio, devanándome los sesos para adivinar qué debía de haber hecho para merecer esa extraña intervención por su parte—. ¿De qué?

—De ti y de Xavier —soltó Hallie—. Mira, no te va a gustar lo que vamos a decirte, pero somos tus amigas y estamos preocupadas por ti.

—¿Por qué estáis preocupadas?

—No es muy sano que paséis tanto tiempo juntos —explicó Hally en tono experto.

—Sí —se entremetió Savannah—. Parece que estéis pegados el uno al otro o algo. Nunca os veo separados. Tú vas donde va Xavier, Xavier va donde vas tú... todo el puñetero rato.

—¿Y eso es malo? —pregunté—. Es mi novio. Quiero pasar mi tiempo con él.

—Claro que sí, pero es que esto es demasiado. Necesitas poner cierta distancia. —Hallie hizo hincapié en la palabra «distancia», como si fuera un término médico.

—¿Por qué?

Las miré insegura. Me preguntaba si Molly les habría puesto esa idea en la cabeza o si de verdad era su opinión. Habíamos sido amigas durante todo el verano, pero me parecía un poco pronto para que me ofrecieran sus consejos sobre mis relaciones. Por otro lado, hacía menos de un año que yo era una adolescente, es decir, me sentía a merced de su experiencia. Era cierto que Xavier y yo estábamos muy unidos, cualquier tonto se daba cuenta de ello. La pregunta era: ¿nuestra proximidad era antinatural? A mí no me parecía tan poco saludable, dado todo lo que habíamos pasado juntos. Por supuesto, esas chicas no sabían nada de nuestras vicisitudes.

—Es un hecho que está estudiado —aseguró Savannah, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos—. Mira, te lo puedo demostrar. —Metió la mano en su mochila y sacó un manoseado ejemplar de la revista *Seventeen*—. Hemos encontrado este test.

Abrió la brillante portada de la revista y pasó las páginas hasta que encontró una sección ilustrada con unas orejas de perro. Una foto mostraba a una pareja joven, sentados el uno contra la espalda del otro y unidos por unas cadenas que los sujetaban por la cintura y los tobillos. Ambos tenían una expresión confusa y consternada. El test se titulaba: «¿Tienes una relación codependiente?».

—Nosotros no estamos tan mal —protesté—. La cuestión es cómo nos sentimos, no cuánto tiempo pasamos juntos. Además, no creo que un test de una revista pueda valorar los sentimientos.

—*Seventeen* da consejos muy fiables... —empezó a decir Savannah con apasionamiento.

—Está bien, no hagas el test —la interrumpió Hallie—. Pero contesta unas preguntas, ¿vale?

—Venga —accedí.

—¿De qué equipo de fútbol eres?

—Del Dallas Cowboys —dije sin dudar.

—¿Y eso por qué? —preguntó Hallie.

—Porque es el equipo de Xavier.

—Comprendo —asintió Hallie en tono de complicidad—. ¿Y cuándo fue la última vez que hiciste algo sin Xavier?

No me gustaba el tono que estaba adoptando, parecía una fiscal en un juicio.

—Hago muchas cosas sin Xavier —afirmé con displicencia.

—¿De verdad? ¿Dónde está ahora?

—Tiene una sesión de práctica de primeros auxilios en el gimnasio —informé, satisfecha—. Van a repasar reanimación cardiopulmonar, aunque él ya lo aprendió en noveno curso durante un curso de seguridad en el agua.

—Vale —dijo Savannah—. ¿Y qué va a hacer a la hora del almuerzo?

—Tiene una reunión con el equipo de waterpolo —contesté—. Hay un chico nuevo y Xavier quiere que se entrene como defensa.

—¿Y a la hora de la cena?

—Va a venir a casa para asar unas chuletas en la barbacoa.

16 —¿Desde cuándo te gustan las chuletas? —las dos arquearon las cejas.

—A Xavier le gustan.

—Caso cerrado. —Hallie se cubrió el rostro con las manos.

—De acuerdo, es verdad que pasamos mucho tiempo juntos —asentí con mal humor—. Pero ¿qué tiene eso de malo?

—Que no es normal, eso es lo que tiene de malo —anunció Savannah pronunciando cuidadosamente cada una de las palabras—. Tus amigas son igual de importantes, pero parece que ya no te interesamos. Todas las chicas sienten lo mismo, incluso Molly.

Me quedé sin saber qué decir. Por fin pareció que una niebla se disipaba y comprendí el motivo de esa discusión: las chicas se sentían abandonadas. Era cierto que siempre parecía que yo rechazaba sus invitaciones porque quería pasar ese tiempo con Xavier. Yo pensaba que solo se trataba de que prefería pasar mis ratos libres con la familia, pero quizá había sido poco sensible sin darme cuenta. Valoraba su amistad y en ese mismo momento me prometí ser más atenta con ellas.

—Lo siento —les dije—. Gracias por ser sinceras conmigo. Prometo hacerlo mejor.

—Genial. —Hally sonrió de oreja a oreja—. Bueno, pues puedes empezar viniendo con nosotras al último evento que tenemos planeado para la fiesta de Halloween.

—Por supuesto —asentí, deseando compensarlas de algún modo—. Me encantará. ¿Qué es? —No había terminado la pregunta que ya intuí que estaba a punto de caer en una trampa.

—Vamos a contactar con los muertos, ¿recuerdas? —dijo Savannah—. No se permiten chicos.

—Una sesión de espiritismo —anunció Hallie con alegría—. ¿No te parece genial?

—Genial —asentí con contundencia.

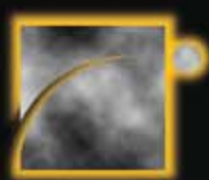
Se me ocurrían un montón de palabras para describir lo que tenían pensado hacer, pero «genial» no era una de ellas.

SU AMOR CONSIGUIÓ
CONQUISTAR EL CIELO...
¿PODRÁN DERROTAR
AL INFIERNO?

LA ESPERADA SEGUNDA PARTE DE LA TRILOGÍA HALO

HADES

ALEXANDRA ADORNETTO



Hades

Alexandra Adornetto

primera versión
sin corregir

Rocaeditorial

III

Una noche nefasta

El viernes llegó antes de lo que esperaba. No me sentía especialmente atraída ante la idea de la fiesta de Halloween y hubiera preferido pasar la noche en casa con Xavier, pero no me pareció justo imponerle mi deseo de aislamiento.

Al ver mi disfraz, Gabriel agitó la cabeza con un gesto de sorpresa. Éste consistía en un fino vestido de satén blanco, unas sandalias de tiras que tomé prestadas de Molly y un par de alas pequeñas y completamente sintéticas que había alquilado a la tienda de disfraces de la ciudad. Era una parodia de mí misma y Gabriel, tal como yo había pensado, no se mostró nada convencido.

—Es un poco obvio, ¿no te parece? —preguntó con ironía.

—En absoluto —repliqué— Si alguien sospecha de que seamos sobrehumanos, esto lo despistará.

—Bethany, eres una mensajera del Señor, no una detective de una película de espías de serie B.

—¿Quieres que cambie de disfraz? —pregunté con un suspiro.

—No, no quiere —intervino Ivy, tomándome de la mano y dándome unas palmaditas en el dorso—. El disfraz es encantador. Al fin y al cabo, es solo una fiesta de colegio.

Miró a Gabriel de tal forma que terminó con la discusión. Gabriel se encogió de hombros. Aunque se pasaba el día haciéndose pasar por profesor de música de Bryce Hamilton, parecía que las intrigas del mundo de la adolescencia estaban fuera de su alcance.

Xavier llegó a casa disfrazado de cowboy: unos tejanos descoloridos, unas botas de cuero marrón y una camisa a cuadros. Incluso se había puesto un sombrero de piel de cowboy.

—¿Dulce o travesura? —dijo, sonriendo.

—Sin ánimo de ofender, pero no te pareces a Batman en nada.

—No es necesario ponerse antipática, señorita —repuso Xavier adoptando un marcado acento tejanos—. ¿Estas lista para salir? Los caballos esperan.

Me reí.

—Piensas estar así toda la noche, ¿verdad?

—Probablemente. Te estoy volviendo loca de deseo, ¿no es así?

Mi hermano tosió con fuerza para recordarnos su presencia. Siempre se sentía incómodo ante las muestras de afecto.

—No lleguéis muy tarde —dijo Ivy—. Saldremos a primera hora de la mañana hacia Black Ridge.

—No te preocupes —le prometió Xavier—. La traeré a casa en cuanto el reloj dé la medianoche.

Gabriel meneó la cabeza.

—¿Es que no podéis dejar de ser la viva expresión de todos los tópicos del mundo?

Xavier y yo nos miramos con una sonrisa.

—No —respondimos al unísono.

La vieja casa abandonada se encontraba a media hora en coche. Los faros de los coches de los asistentes a la fiesta moteaban la oscura carretera, y a nuestro alrededor no había más que campo abierto. Esa noche nos sentíamos extrañamente eufóricos. Era una sensación rara, como si los estudiantes de Bryce Hamilton fuéramos los amos del mundo entero. Para nosotros, esa fiesta señalaba el final de una época y eso nos despertaba sentimientos contradictorios. Todos estábamos a punto de graduarnos y de empezar a dar forma a nuestro futuro. Era el comienzo de una nueva vida y, aunque teníamos la esperanza de que ésta estuviera llena de promesas, no podíamos dejar de sentir cierta nostalgia por todo lo que dejábamos atrás. La vida universitaria, y toda la independencia que ella implicaba, se encontraba a la vuelta de la esquina. Muy pronto las amistades serían puestas a prueba y algunas relaciones no soportarían el examen.

El cielo nocturno parecía más amplio que nunca y una gran luna creciente iba a la deriva entre retazos de nubes. Mientras conducía, miré a Xavier de reojo. Se lo veía totalmente relajado al volante del Chevy. Su rostro no mostraba la menor inquietud. Íbamos a una velocidad constante y sujetaba el volante con una mano. La luz de la luna se filtraba por la ventanilla y le iluminaba

el rostro. Giró la cabeza, me miró y unas sombras bailaron sobre sus armoniosas facciones.

—¿En qué estás pensando, cielo? —preguntó.

—En que podría conseguir algo mucho mejor que un cowboy —bromeé.

—Estás tentando mucho a la suerte esta noche —repuso Xavier con seriedad fingida—. ¡Soy un cowboy al límite!

Reí aunque no acababa de comprender la alusión. Le hubiera podido preguntar a qué se refería, pero lo único que me importaba era que estábamos juntos. ¿Qué más daba si me perdía algún que otro chiste? Eso hacía que lo nuestro fuera todavía más interesante.

Circulábamos por una sinuosa carretera invadida por la maleza, siguiendo a una destartada camioneta ocupada unos chicos del último curso que se habían bautizado a sí mismos como «manada de lobos». No sabía muy bien qué significaba, pero todos ellos llevaban pañuelos de color caqui, y se habían pintado unas rayas negras sobre la cara y el pecho, como unas marcas de guerra.

20 —Una excusa cualquiera para quitarse la camiseta —se mofó Xavier.

Los chicos se habían repantigado en la caja trasera de la camioneta y se dedicaban a fumar un cigarrillo tras otro mientras daban buena cuenta de un barril de cerveza. En cuanto la camioneta aparcó, los chicos soltaron un aullido lobuno, saltaron al suelo y se dirigieron hacia la casa. Uno de ellos se detuvo para vomitar en un arbusto. Cuando hubo vaciado todo el contenido de su estómago, se incorporó y continuó corriendo.

La casa recreaba la típica temática de Halloween: era vieja y laberíntica, con un porche desvencijado que ocupaba toda la fachada. Necesitaba urgentemente una mano de pintura. La capa blanca original estaba completamente cuarteada y desconchada, y por debajo de ella asomaba el color agrisado las planchas de madera, lo cual otorgaba al lugar un marcado aspecto de abandono.

Austin debía de haber reclutado a todas sus amigas para que lo ayudaran en la decoración, porque el porche brillaba de calaveras iluminadas y barritas luminosas, pero las ventanas del piso de arriba estaban oscuras. En los alrededores no se percibía la menor señal de civilización: si había algún vecino, debía de encontrarse

demasiado lejos para ser visible. Comprendí por qué habían elegido esa casa para la fiesta. Allí podíamos hacer todo el ruido que quisiéramos y nadie podría oírnos. La idea me hizo sentir un tanto incómoda. Lo único que separaba la carretera de la casa era una destartalada cerca que había conocido días mejores. En medio de un prado adyacente a la casa, a unos cien metros de donde nos encontrábamos, había un espantapájaros sujeto a un palo: tenía el cuerpo inerte y la cabeza le colgaba a un lado de forma inquietante.

—Eso es espeluznante —murmuré acercándome a Xavier—. Parece completamente real.

Xavier me pasó un brazo por los hombros.

—No te preocupes. Solo persigue a las chicas que no saben apreciar a sus novios como merecen.

Le propiné un codazo, juguetona.

—¡No tiene ninguna gracia! Además, las chicas creen que sería saludable que tú y yo pasáramos más tiempo separados.

—Bueno, yo discrepo.

—¡Eso es porque quieres toda mi atención!

—Ten cuidado, creo que va a oírte...

La casa ya se había llenado de invitados. El interior estaba iluminado con farolillos y velas, pues ese lugar llevaba tanto tiempo deshabitado que habían cortado la luz. A nuestra izquierda se levantaba una sinuosa escalera, pero los escalones estaban gastados y podridos: era evidente que los padres de Austin habían dejado que todo se deteriorara. Habían colocado velas sobre cada uno de los escalones y la cera goteaba sobre la madera formando unos charcos que parecían hielo. En el amplio pasillo se abrían varias habitaciones vacías que, supuse, en esos momentos estarían ocupadas por parejas ebrias. De todas formas, la oscuridad resultaba inquietante. Recorrimos todo el pasillo por entre chicos y chicas con variados disfraces. Algunos se habían esforzado mucho en su elaboración. Se veían colmillos de vampiro, cuernos de demonio y mucha sangre de mentira. Un chico altísimo, disfrazado de la Muerte y con el rostro completamente oculto bajo una capucha pasó por nuestro lado. Vi a Alicia del país de las maravillas (en versión zombie), a una siniestra muñeca de trapo, Eduardo Mastijeras y a alguien con una careta inspirada en Hannibal Lecter. Apreté con fuerza la mano de Xavier. No quería fastidiarle la

noche, pero todo eso me resultaba ligeramente escalofriante. Era como si todos los personajes de todas las historias de terror hubieran cobrado vida a nuestro alrededor. Lo único que aligeraba ese aire fantasmagórico era el continuo bullicio de las conversaciones y las risas. Entonces alguien conectó un iPod al equipo de música y, de repente, la casa se llenó de música a un volumen tan alto que las vibraciones sacudieron todo el polvo de la araña de luces que teníamos sobre la cabeza.

Nos abrimos paso por entre la gente y en el salón nos encontramos con Molly y las chicas, que se habían acomodado en un tresillo de tapizado deslucido. La mesilla de café que tenían delante ya estaba repleta de vasos y botellas de whisky medio vacías. Molly había seguido con su idea y se había presentado disfrazada de Campanilla, con un vestido verde de bordes desiguales, zapatillas de bailarina y dos alas de hada. Pero había elegido con atención todos los detalles para que hicieran juego con el espíritu de Halloween. Llevaba unas cadenas de plata alrededor de las muñecas y los tobillos, y se había embadurnado el rostro y el cuerpo con sangre de mentira y barro. Del pecho le sobresalía la empuñadura de una daga. Incluso Xavier se mostró impresionado y alzó las cejas con cara de aprobación.

—Una Campanilla gótica. Buen trabajo, Molly —reconoció.

Nos sentamos en un diván, al lado de Madison, que había mantenido su palabra y se había convertido en una conejita de *Playboy*: un corsé negro, una colita peluda y un par de orejitas blancas. Llevaba todo el maquillaje de los ojos corrido de tal forma que parecía que tuviera dos ojos negros. Bebió todo el contenido de un vaso y lo dejó en la mesa con un golpe seco y un gesto de victoria.

—Vosotros dos sois un rollo —balbució cuando nos apretujamos a su lado—. ¡Estos disfraces son lo peor!

—¿Qué les pasa? —preguntó Xavier en un tono que indicaba claramente que no le podía importar menos su opinión y que lo preguntaba meramente por educación.

—Pareces Woody de *Toy Story* —repuso Madison, de repente incapaz de reprimir un ataque de risa—. Y tú, Beth. ¡Venga! Por lo menos te habrías podido disfrazar de Ángel de Charlie. Ninguno de los dos dais nada de miedo.

—Pues tu vestido tampoco es especialmente terrorífico— intervino Molly para defendernos.

—No estoy tan seguro —dijo Xavier.

Ahugué una carcajada poniéndome la mano sobre la boca. A Xavier nunca le había gustado mucho Alison. Bebía y fumaba demasiado, y siempre daba su opinión sin que nadie se la pidiera.

—Cállate, Woody —farfulló Madison.

—Me parece que aquí hay alguien que debería dejar el vaso tranquilo un rato —le aconsejó Xavier.

—¿No tienes que ir a organizar un rodeo o algo?

Xavier se puso en pie sin contestarle al ver que justo en ese momento su equipo de waterpolo entraba en la sala anunciando su llegada a todo el mundo con un prolongado grito de guerra colectivo. Al ver que Xavier se acercaba a ellos, lo saludaron.

—Eh, tío!

—Colega, ¿que haces con este traje?

—¿Te ha convencido Beth de esto?

—¡Tío, estás tan colado! —Uno de los chicos le saltó a la espalda como un chimpancé y lo tumbó al suelo.

—¡Sal de encima!

—¡Yeeeeeahhh!

Estallaron en carcajadas, enredándose en una divertida escaramuza. Cuando Xavier consiguió librarse de ellos, le habían quitado toda la ropa excepto los tejanos y tenía el pelo, que estaba perfectamente peinado cuando llegamos, totalmente revuelto. Me miró y se encogió de hombros, como diciéndome que él no era responsable del comportamiento de sus amigos, y se puso una camiseta negra que uno de los chicos le lanzó.

—¿Estás bien, Osito? —pregunté un poco preocupada mientras le arreglaba el pelo: no me gustaba que sus amigos jugaran tan a lo bruto. Mis atenciones provocaron que sus amigos arquearan las cejas, asombrados.

—Beth. —Xavier me puso una mano sobre el hombro—. Tienes que dejar de llamarme así delante de los demás.

—Lo siento —repuse, avergonzada.

Xavier se rio.

—Venga, vamos a tomar algo.

Nos hicimos con una cerveza para Xavier y un refresco para mí, y nos fuimos a sentar en un mullido sofá que alguien había arrastrado hasta el porche trasero de la casa. Del alero del tejado colgaban unos farolillos de papel rosas y verdes que iluminaban el

marchito patio con una luz tenue. Más allá de éste, los campos se alejaban hasta lindar con un bosque denso y oscuro.

Aparte del salvaje comportamiento de los invitados de dentro, fuera la noche era quieta y tranquila. Un tractor oxidado descansaba abandonado entre la crecida hierba. Justo pensaba en lo pintoresco de ese entorno, que parecía una pintura de tiempos remotos, cuando una pieza de ropa interior de encaje cayó a nuestros pies desde una de las ventanas laterales de la casa. Me sonrojé al darme cuenta que detrás de la ventana había una pareja y que no se encontraban precisamente enzarzados en una conversación profunda y significativa. Aparté rápidamente la mirada e intenté imaginar el aspecto que había tenido esa casa antes de que la familia Knox la dejara caer en la ruina. Debía de haber sido imponente y hermosa durante los días en que las chicas todavía llevaban carabina y en que los bailes consistían en elegantes valsés al son de un magnífico piano. Nada parecido al torbellino y a los embates que tenían lugar dentro, en ese momento. Antiguamente los encuentros sociales eran elegantes y comedidos, muy distintos del caos que se había desatado en la vieja casa esa noche. Imaginé que, en ese mismo porche —aunque nuevo, pulido y adornado con una madreselva enredada en sus columnas—, un hombre con una chaqueta con faldón se inclinaba en una reverencia ante una mujer que llevaba un vaporoso vestido. En mi imaginación, el cielo estaba estrellado y la doble puerta de entrada a la casa se encontraba abierta para que la música de dentro inundara la noche.

—Halloween es una mierda.

Las palabras de Ben Carter, de mi clase de literatura, interrumpieron mi ensueño. El chico se acercó a nosotros. Le hubiera contestado, pero sentí el fuerte brazo de Xavier que me rodeaba y me resultó difícil concentrarme en otra cosa. Por el rabillo del ojo vi que su mano colgaba relajadamente de mi hombro. Me gustaba ver que llevaba el anillo de plata: era un símbolo de que él pertenecía a alguien, que no era asequible para nadie excepto para mí. Aunque eso parecía extraño en un chico de dieciocho años tan guapo y tan popular: cualquier extraño que se encontrara con él, que viera su cuerpo perfecto, su tranquila mirada de color turquesa, su encantadora sonrisa y el mechón de cabello castaño que le oscilaba sobre la frente, se hubiera dado cuenta de que podía tener todas las chicas que quisiera.

Cualquiera hubiera dado por supuesto que, al igual que todo adolescente normal, él estaría disfrutando de las ventajas de ser joven y atractivo. Solamente quienes le conocían sabían que Xavier estaba totalmente comprometido conmigo. Xavier no solo era guapo hasta quitar el hipo, sino que era un líder, era admirado y respetado por todo el mundo. Yo lo amaba y lo admiraba, pero todavía no acababa de creermelo que era mío. No podía comprender por qué había tenido tanta suerte. A veces me preocupaba pensar que quizá solo fuera un sueño y que, si me desconcentraba, todo aquello se desvanecería ante mis ojos. Pero él continuaba sentado a mi lado, firme y sólido. Cuando se hizo evidente de que yo me había perdido en mis pensamientos, Xavier contestó a Ben.

—Relájate, Carter, solo es una fiesta —rió.

—¿Y tu disfraz? —le pregunté, obligándome a volver a la realidad.

—Yo no me disfrazo —contestó, cínico.

Ben era la clase de chico que lo encontraba todo pueril y por debajo de sí. Conseguía mantener su sentido de superioridad a base de no participar en nada. Al mismo tiempo, siempre aparecía en el último momento por si acaso se perdía algo.

—Dios, es asqueroso —dijo con una mueca al ver la ropa interior de encaje en el suelo del porche—. Espero no pillarme nunca tanto con alguien como para consentir en tener sexo en un tractor.

—Lo del tractor no lo sé —bromeé—, pero me apuesto lo que sea a que un día te enamorarás y no podrás hacer nada al respecto.

—Imposible. —Ben levantó los brazos y los cruzó sobre su cabeza, desmereándose, y cerró los ojos—. Estoy demasiado amargado y hastiado.

—Podría intentar montarte una cita con una de mis amigas —ofrecí. Me gustaba la idea de hacer emparejamientos y tenía mucha confianza en mis habilidades—. ¿Qué te parece Abby? No tiene novio, es guapa y no es demasiado exigente.

—Dios Santo, no, por favor —repuso Ben—. Seríamos la peor pareja de la historia.

—¿Disculpa? —La falta de confianza de Ben en mis habilidades me decepcionó.

—Discúlpate lo que quieras —se burló Ben—. Mi decisión es definitiva. No me voy a dejar colocar con una Barbie que bebe

tinto de verano y lleva tacones de aguja. No tendríamos nada que decirnos excepto «adiós».

—Me alegra saber que tienes tan buena opinión de mis amigas —le dije, contrariada—. ¿Es eso lo que piensas de mí?

—No, tú eres distinta.

—¿Por qué?

—Eres rara.

—¡No lo soy! —exclamé—. ¿Qué tengo de raro? Xavier, ¿crees que soy rara?

—Tranquilízate, cielo —dijo Xavier con los ojos brillantes de humor—. Estoy seguro de que Carter lo dice en el mejor de los sentidos.

—Bueno, pues tú también eres raro —le devolví, no sin dejar de darme cuenta de lo irascible que me estaba mostrando.

Él rió y se terminó la cerveza que se estaba tomando.

—Solo un raro puede reconocer a otro raro.

En ese momento, unas voces estridentes nos llamaron la atención. La puerta se abrió y unos chicos del equipo de waterpolo salieron al porche. Pensé que era increíble hasta qué punto me recordaban a unos cachorros de león, todo el tiempo saltando los unos sobre los otros y rodando por el suelo. Se acercaron desordenadamente hasta donde estábamos nosotros y Xavier meneó la cabeza con una ligera expresión de amonestación. Entre ellos reconocí a Wesley y a Lawson. Era fácil distinguirlos: Wesley tenía el pelo liso y oscuro, y las cejas juntas y bajas; Lawson tenía unos rizos rubios y claros y unos caídos ojos azules, de un azul apagado que no brillaba como el color de ojos de Xavier. Al verme, me saludaron con un gesto de la cabeza y volví a pensar en la época en que los hombres daban un golpe de tacón y se inclinaban ante una dama. Les devolví el saludo con una sonrisa. No conseguía animarme a hacer lo que mis amigas llamaban «asentimiento de superioridad»: me hacía sentir como si me encontrara en uno de esos vídeos que Molly miraba en MTV, donde unos hombres encapuchados rapeaban sobre «homies» y sobre algo llamado «bling».

—Venga, Woods —lo animaron los chicos—. Nos vamos al río.

Xavier soltó un gemido.

—Vamos allá.

—Ya conoces las reglas —gritó Wesley—. El último que llegue, se baña desnudo.

—Dios Santo, realmente han descubierto cima de la estimulación intelectual —refunfuñó Ben.

Xavier se puso en pie con gesto renuente y lo miré, sorprendida.

—No vas a ir, ¿no? —pregunté.

—Esta carrera es una tradición en Bryce —repuso riendo—. Lo hacemos cada año, estemos donde estemos. Pero no te preocupes, nunca llego el último.

—No estés tan seguro —alardeó Lawson saltando del porche y corriendo a toda velocidad hacia el bosque que se encontraba en la parte trasera del terreno—. ¡Llevo ventaja!

Los demás chicos siguieron su ejemplo, empujándose sin contemplaciones mientras corrían. Avanzaron chocando los unos contra los otros por entre los matorrales en dirección a campo abierto, como en una estampida.

Cuando hubieron desaparecido de la vista, dejé a Ben con sus reflexiones filosóficas y fui adentro en busca de Molly. Ella y las chicas habían cambiado de sitio y las encontré apiñadas con actitud misteriosa al pie de las escaleras. Abigail llevaba una gran bolsa de papel debajo del brazo. Todas estaban muy serias.

—¡Beth! —Molly me agarró del brazo en cuanto llegué a su lado—. Me alegro de que estés aquí: estamos a punto de empezar.

—¿Empezar el qué? —pregunté con curiosidad.

—La sesión de espiritismo.

Ahugué un gemido: así que no se habían olvidado. Tenía la esperanza de que abandonaran el plan en cuanto empezaran a divertirse en la fiesta.

—No podéis hablar en serio, chicas —dije, pero me di cuenta de que me miraban con absoluta sinceridad. Intenté una estrategia distinta—: Eh, Abby, Hank Hunt está fuera. Parece que le iría bien un poco de compañía.

Abigail estaba loca por Hank Hunt desde el primer curso y no había dejado de desbarrar sobre él desde entonces. Pero esa noche ni siquiera él podía despistarla del plan que se traían entre manos.

—A quién le importa Hank Hunt —repuso Abigail en tono de mofa—. Esto es súper más importante. Vamos a buscar una habitación vacía.

—No —dije, negando firmemente con la cabeza—. Venga, chicas, ¿es que no podemos encontrar otra cosa que hacer?

—Pero es Halloween —protestó Hallie con un mohín infantil—. Queremos hablar con los fantasmas.

—Los muertos deben quedarse donde están —contesté—. ¿Es que no podéis jugar a pescar manzanas con la boca o algo?

—No seas tan aguafiestas —dijo Savannah. Se puso en pie y empezó a tirar de mí escaleras arriba. Las demás nos siguieron con gran excitación—. ¿Qué puede pasar?

—¿Es una pregunta retórica? —respondí, apartándome—. ¿Qué puede no pasar?

—No creerás de verdad en fantasmas, ¿no, Bethie? —preguntó Madison—. Solo queremos divertirnos un poco.

—Es simplemente que creo que no deberíamos jugar con esto —dije con un suspiro.

—Vale, pues no vengas —me cortó Hallie con aspereza—. Quédate aquí abajo sola a esperar a Xavier, como haces siempre. Sabíamos que te rajarías de todas maneras. Nos divertiremos sin ti.

28 Me miró con una expresión dolida y las demás asintieron con la cabeza, apoyándola. No conseguía hacerles entender el peligro que su plan conllevaba. ¿Cómo explicar a unas niñas que es peligroso jugar con fuego si nunca se han quemado? Deseé que Gabriel estuviera allí. Él emanaba autoridad y hubiera sabido exactamente qué decir para hacerlas cambiar de opinión: siempre ejercía ese efecto en las personas. En cambio, allí estaba yo, como una ceniza aguafiestas. Vaya ángel guardián estaba hecha. Sabía que no tenía el poder de impedirles nada, pero no podía permitir que continuaran sin mí. Si pasaba algo, por lo menos estaría con ellas para enfrentarme con lo que se encontraran. Las chicas ya estaban subiendo las escaleras cogidas del brazo y susurraban con gran excitación.

—Chicas —llamé—. Esperad... voy con vosotras.